

El libro secreto de Copérnico

Miguel Ángel Pérez Oca

*A Suni,
a quien tanto debo.*

«Confieso que voy a exponer muchas cosas de manera diferente a como lo hicieron mis predecesores, aunque conviene apoyarse en ellos, puesto que fueron los que por vez primera abrieron la puerta a la investigación de estas cuestiones.»

*Nicolás Copérnico.
(«De Revolutionibus»)*

ÍNDICE

Introducción	13
I.- El viejo Soldado	17
II.- El libro Secreto	27
III.- Mi mundo	33
IV.- La señora	41
V.- Tío Lucas	47
VI.- Andreas	55
VII.- Los pájaros de Cracovia	63
VIII.- Los engranajes de la máquina celeste	71
IX.- La dama de azul	81
X.- Un viaje de mil demonios	93
XI.- Intrigas en Lizdbark	101
XII.- Italia	109
XIII.- El maestro Novara	117
XIV.- Año 1500	127
XV.- Doctor Copérnico	141
XVI.- Commentariolus	153
XVII.- El médico de Gdansk	165
XVIII.- Un jinete en la noche	175
XIX.- En el último rincón del mundo	185
XX.- La Embajada	197
XXI.- La fuerza y el ingenio	211
XXII.- El sitio de Olsztyn	221
XXIII.- Trabajo y silencio	235
XXIV.- De Revolutionibus	247
XXV.- El séptimo libro	259
XXVI.- Anna	267
XXVII.- La hoja de hiedra	277
XXVIII.- Retico	287
XXIX.- Finis	301

XXX.- Epílogo	315
Cronología del Heliocentrismo	323
Bibliografía	331
Agradecimientos	335

INTRODUCCIÓN

En enero del año 2000 apareció en las librerías mi obra «**Giordano Bruno, el loco de las estrellas**», en la que relataba, de forma novelada, las peripecias vitales e intelectuales de varios héroes de la revolución cosmológica que, en los umbrales de la Edad Moderna, cambiaron los paradigmas de la ciencia; me refero a **Giordano Bruno, Galileo Galilei y Johannes Kepler**. Ante la favorable acogida que tuvo este trabajo, me animé a seguir desarrollando el tema, con la esperanza de hacer justicia a unos hombres cuyo tesón y sacrificio nunca agradeceremos bastante los que, en la actualidad, nos beneficiamos del método riguroso de conocimiento que ellos inauguraron. Con este fin me propongo componer una trilogía que ha de finalizar con el relato de la génesis de los «**Principios matemáticos de Filosofía Natural**», de **Isaac Newton**, que cerraba definitivamente y consolidaba ese proceso histórico.

El primer libro de los tres proyectados, aunque aparezca ahora en segundo lugar, debe dedicarse con todo merecimiento a **Nicolás Copérnico**, el iniciador de aquella gran revolución, cuyo callado, largo y concienzudo trabajo de investigación dio como fruto un libro maravilloso y admirable, verdadero monumento al conoci-

miento, que se llamó «*De Revolutionibus*» y que debe ser calificado, sin lugar a dudas, como el primer hito de la ciencia actual.

Debe, pues, el lector considerar que este libro que tiene ahora en sus manos es el primero de mi *Trilogía Copernicana*, cuyo segundo es el dedicado a Bruno, aparecido anteriormente, y cuyo tercero está todavía por escribir.

Como os diría cualquier autor: si leéis mi libro valdrá la pena que yo lo haya escrito. Si además os gusta, me habréis hecho feliz.

1.-
EL VIEJO SOLDADO





Casto Santaolalla era un viejo combatiente de la Wehrmacht. Estuvo en el frente de Leningrado con aquella «División Azul» que Franco había enviado a Rusia para devolverle los favores a Hitler. Cerca del Palacio de Catalina la Grande, un mortero le llenó de metralla el brazo derecho y fue evacuado a un hospital de Alemania, donde lo curaron, le pusieron una medalla y lo devolvieron al frente, de donde regresaría a España, convertido en un héroe del «Glorioso Movimiento Nacional». Santaolalla no era un hombre brillante, pero tampoco un vividor astuto o un aprovechado; así que, a pesar de sus méritos y de su inquebrantable militancia falangista, nunca llegó a ser un jerarca político. Se conformó con trabajar de administrativo en la empresa estatal donde yo le conocí. Durante muchos años ocupó el puesto de enlace sindical, desde el que se desvivía por sus compañeros; sobre todo por los jovencuelos que, como yo, acabábamos de entrar y desconocíamos nuestros derechos. Casto Santaolalla, a pesar de su ramalazo autoritario, era un buen hombre. Nos llevamos bien durante muchos años, mientras la prudencia me obligó a ocultar mis convicciones. Sin embargo, cuando, muerto el dictador, llegó la hora de la transición democrática, el viejo soldado nazi no perdonó mi

pública confesión de izquierdismo. Me retiró el saludo, escandalizado de mis ideas, que le parecían inconcebibles en alguien a quien él había otorgado su confianza. Después se jubiló y se marchó a su casa, y pasaron los años y se fueron dulcificando los ánimos. Por lo visto, la recién nacida libertad política le dio algunas lecciones: vio, a su pesar, que la gente era capaz de arreglárselas sola, sin la tutela del déspota fallecido; y que las cosas, lejos de empeorar por ello, mejoraban sensiblemente. En cuanto a mí, la caída del muro de Berlín y el fracaso del «Socialismo Real» me hicieron reconsiderar una interpretación de la Historia que resultó ser mucho más problemática de lo que algunos habíamos imaginado: no era tan sencillo, ni quizá conveniente, hacer la revolución... Un día, coincidimos en una comida de viejos compañeros y él me confesó que la libertad y el respeto que conlleva la democracia eran buenas cosas, «siempre que se mantengan dentro de un orden». Yo le reconocí a mi vez que el espejismo comunista nos había engañado a muchos, «que no por ello renunciábamos a la utopía». Nuestro viejo afecto, reprimido durante unos años, volvió a florecer y de nuevo compartimos tertulias y reuniones donde, prudentemente, evitábamos hablar de política. Por encima de diferencias ideológicas, ambos nos dábamos cuenta de que en todas partes hay buenas y malas personas.

Era invierno en Alicante y hacía un frío desacostumbrado. El viento siberiano había roto todo tipo de barreras meteorológicas y se dedicaba a congelar palmeras, playas y terrazas otrora acariaciadas por el Sol. Como siempre en estas circunstancias, los catarros, las gripes y demás achaques se cebaban en la gente mayor. Me enteré de que Santaolalla estaba enfermo y fui a visitarle. Me lo encontré en el saloncito, junto a una mesa camilla con brasero eléctrico, una manta sobre las piernas y una boina en la cabeza. Había superado una fiebre bastante alta, pero aún no se atrevía a prescindir de los cuidados de Isabelita, su mujer, que, incansable, le servía infusiones de manzanilla, vahos de eucaliptos y pastillas contra la tos, le ponía el termómetro y le preguntaba continuamente si se encontraba mejor; interrumpiendo nuestra conversación ante la resignada mirada de mi interlocutor.

—Ah, si hubiera tenido una enfermera así en Alemania...

—¿Qué hubieras hecho, Santaolalla?

Esperó a que Isabelita saliera del salón, camino de la cocina, donde un nuevo cazo de agua hirviendo esperaba una porción de hierbas medicinales.

—¡Narices! Me habría vuelto enseguida al frente.

Casto Santaolalla estaba acostumbrado al frío siberiano y aquella gripe no había sido nada de nada, decía. Pero ella se empeñaba en salvarle la vida con todas aquellas infusiones y pastillas.

—¿Te he enseñado alguna vez mis recuerdos de Rusia?

Yo negué con la cabeza.

—Ah, pues tengo algo que quizá te interese... —y pensó unos momentos —Copérnico era astrónomo, como tú, ¿no es verdad?

—Bueno, yo soy sólo un aficionado. Y él fue el fundador de la astronomía moderna, nada menos.

Mi amigo se levantó del sillón y se acercó al mueble del saloncito, lleno de libros, figuritas, pequeños relojes y fotos de familia, alrededor de un enorme aparato de televisión que permanecía encendido; si bien su dueño, por cortesía hacia mí, le había apagado el sonido. Abrió una puerta en la parte baja y sacó una caja de cartón. Isabelita, desde la cocina, lo riñó por haberse levantado, y él le dedicó un ademán burlón.

—Este año todavía no me toca morirme. He pedido una prórroga a San Pedro.

Se sentó de nuevo junto a la mesa camilla y abrió el envase. Dentro había unos cuantos objetos curiosos: dos medallas; una «matriusca» de esas que encierran, una dentro de otra, una sucesión de pequeñas réplicas; fotos amarillas donde Santaolalla aparecía joven y embutido en un ridículo uniforme; carnets y documentos en alemán; recortes de periódico donde aparecía saludando a Franco brazo en alto, o dándole la mano al ministro Solís... La mano huesuda del viejo soldado se introdujo por entre todos aquellos recuerdos para extraer del fondo un extraño cuaderno. Se trataba de una gruesa libreta de hojas grisáceas, cuyas tapas habían sido chamuscadas por un fuego muy antiguo. Las páginas interiores también tenían los bordes renegridos, pero el texto, en una hermosa caligrafía gótica, se leía muy bien... siempre que uno supiera alemán.

—Es la libreta de Otto —dijo mi amigo mientras acariciaba el deteriorado lomo del cuaderno con mirada melancólica.

No sé alemán, así que, de entre todas aquellas palabras ininteligibles, sólo pude identificar una que se repetía varias veces: «Kopernick».

Mientras yo ojeaba la libreta, lleno de curiosidad, Santaolalla me relató su historia.

Cuando llegó al hospital, en la retaguardia alemana, con el brazo destrozado por la metralla, se encontró rodeado de otros soldados de diversas nacionalidades que llenaban las camas de una enorme sala, donde la mayoría se recuperaba de heridas de metralla o bala y diversos traumatismos. Los moribundos y los lisiados incurables, ciegos y demás, ocupaban otras dependencias. Allí sólo estaban los que podían volver, tarde o temprano, al frente. En la cama de al lado, curaba sus maltrechas piernas un alemán, Otto, al que una viga desprendida por una bomba de aviación, había machacado las tibias y los peronés. El pobre hombre era intervenido repetidas veces, en un intento de los médicos por devolverle la capacidad de matar rusos. Le quitaban la escayola, abrían sus pantorrillas, introducían piezas de metal en sus huesos y, tras una corta etapa de inmovilidad mientras cicatrizaban las heridas, volvían a escayolarle y le permitían pasearse por la sala y, a veces, por el jardín, en una silla de ruedas. En la vida civil había sido profesor de Historia en una universidad de Baviera; pero su adhesión a la causa nazi no debió ser muy entusiasta, por lo que se le mantuvo de simple soldado y se le envió al frente ruso. Era un individuo zanquilargo, pecoso, pelirrojo y miope, de aspecto distraído, que se pasaba horas y horas transcribiendo al alemán un viejísimo y amarillento libro manuscrito de aspecto medieval. Santaolalla y Otto se hicieron pronto buenos amigos. Una vez ganada su confianza, Otto le contó que, durante la campaña de Polonia, su unidad había ocupado por unos días las ruinas de un enorme palacio en cuyos sótanos se guardaban infinidad de viejos libros y documentos: manuscritos miniados medievales, incunables de los primeros tiempos de la imprenta, mapas dibujados en pergamino, partituras, viejas Biblias, tratados de heráldica... Alguno de aquellos tesoros fue usado por sus compañeros como combustible en las destrozadas chimeneas de la mansión; otros, como papel higiénico. Pero Otto era un hombre culto, que sabía del valor de aquellos objetos. A él le hubiera gustado llevarselos todos y salvarlos de la destrucción, pero tuvo que escoger algo

que se pudiera transportar sin molestias. Así que, después de husmear por la ruinoso biblioteca, encontró aquel manuscrito en polaco o latín -Santaolalla no lo recordaba con exactitud- cuyo autor, un tal «doctor Copérnico», bien podía ser el famoso astrónomo del siglo XVI. Se propuso estudiar el texto y traducirlo al alemán cuando tuviera ocasión y lo metió en su petate. Después, puso en conocimiento de sus jefes la importancia de los documentos hallados en el sótano; y al día siguiente un camión del ejército se llevó el resto del botín camino de Alemania.

Los azares de la guerra, los peligros y las penurias, no habían permitido a Otto ocuparse del viejo cuaderno, hasta que la viga de marras le destrozó las piernas. En el hospital pasaba casi todo el tiempo con su labor de traducción, ensimismado, fascinado por el contenido de aquel texto. Tan entusiasmado parecía estar con su trabajo que a Santaolalla le daba la impresión de que se alegraba de haber sufrido el percance.

Una noche, la aviación aliada bombardeó la ciudad. Ante la falta de capacidad de los refugios antiaéreos, que se reservaron para los pacientes más graves, los ocupantes de la sala en la que se recuperaban Otto y Santaolalla, tuvieron que conformarse con la esperanza de que las bombas respetaran al hospital. Agachados tras las ventanas, durante las pausas del inmisericorde ataque aéreo, mi amigo y sus compañeros contemplaban, horrorizados, cómo unas fábricas vecinas habían saltado hechas pedazos en medio de un mar de llamas. Vieron correr a personas consumidas por el fósforo vivo. Se echaban al río y apagaban en el agua helada el fuego que las abrasaba; pero, en cuanto asomaban la cabeza a la superficie para respirar, el fósforo ardía de nuevo en contacto con el oxígeno y los pobres desgraciados morían entre horribles tormentos.

El hospital parecía mantenerse al margen de la tragedia. La enorme cruz roja pintada en su techo era evitada por los bombarderos ingleses y americanos. Mucha gente de los alrededores vino a refugiarse tras el muro blanco, más allá del cual, el infierno se había desatado. En medio de los resplandores rojizos, mi amigo veía a los otros pacientes acurrucados contra las paredes o asomándose tímidamente a las ventanas, cuyos deteriorados cristales permanecían en su sitio gracias al sostén de las tiras de papel engomado.

Echado sobre su cama, inmovilizado por las contrapesas y la escayola, Otto, a la luz de una linterna, seguía leyendo el viejo manuscrito y escribiendo con su pluma estilográfica en el cuaderno. Se volvió hacia Santaolalla y le dijo :

—*Es ist das Ende...* Lo he terminado...

Una bomba, en ese mismo momento, destrozó el ala sur del hospital. En medio de la humareda y los resplandores, algún aviador despistado no había visto la cruz roja. Todos oyeron el fatídico silbido antes de la segunda explosión. Un momento después, la sala entera estaba hecha pedazos; y muchos de sus ocupantes, también.

A la mañana siguiente, los escasos supervivientes que podían valerse ayudaban a los soldados y bomberos a limpiar las ruinas del hospital. En el sitio donde estuvo la cama de Otto sólo había un agujero renegrido. Santaolalla, milagrosamente salvado de la onda expansiva, la metralla, el fuego y el desplome de la techumbre, estuvo colaborando, durante dos o tres días, a retirar los restos humanos y los cascotes. Después, un médico con prisas le dio el alta y, aunque todavía se sentía torpe con el brazo herido, fue mandado de nuevo al frente. Se marchó de aquella ciudad de muerte y ruina sin volver la vista atrás; pero se llevó un recuerdo. Mientras limpiaba el rincón que había ocupado Otto, del que no quedó ningún resto reconocible, había encontrado su cuaderno entre un montón de cenizas. Estaba algo chamuscado, pero se había salvado. En cambio, el viejo manuscrito había desaparecido con su dueño. Aquella libreta lo acompañó durante toda la campaña de Leníngrado, hasta que, tras su segunda herida, fue condecorado y mandado a casa con todos los honores.

—¿Has leído el cuaderno?

—Claro. Muchas veces. Y su contenido te interesaría mucho. Estoy seguro.

—Pero —protesté—, yo no sé alemán.

Casto Santaolalla sonrió con un aire de complicidad.

—Eso quizá tenga remedio.

Llamó por teléfono a su hija Clara.

—Escucha, Clarita, ¿te acuerdas del cuaderno que traducías al español cuando tus prácticas en la Escuela de Idiomas?

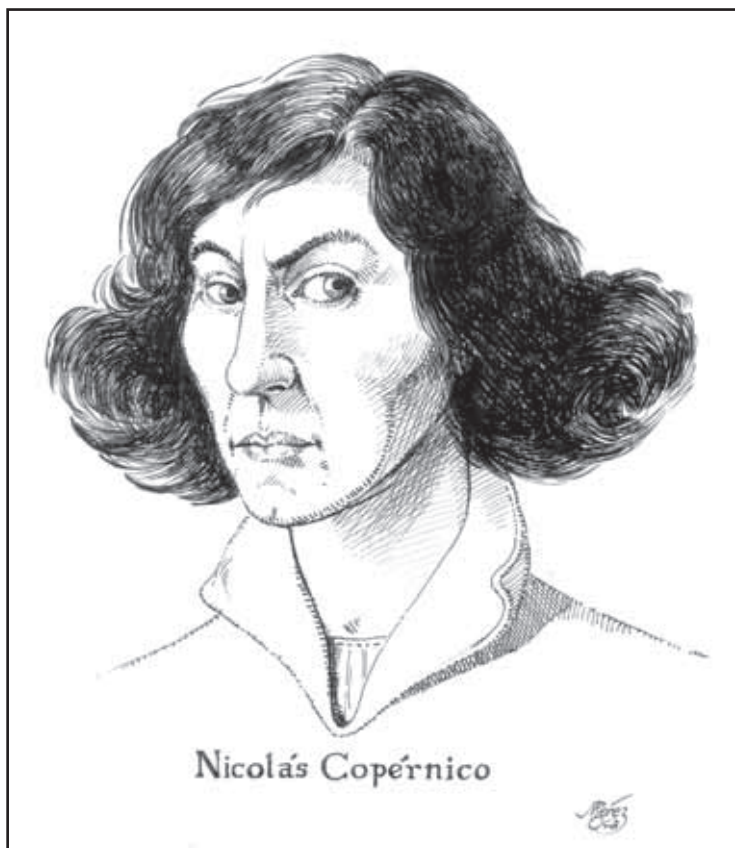
Clara, quizá influida por los relatos de las aventuras bélicas de su padre en Alemania, Polonia y Rusia, estudió idiomas y ahora

trabaja de traductora simultánea en una sala de congresos de Barcelona.

—Ella lo guarda todo —me decía Santaolalla—. Me ha dicho que va a buscar esa traducción; aunque tendrás que perdonarle que no sea muy buena, porque entonces estaba empezando. Si la encuentra, que la va a encontrar, me la enviará por correo y te la daré para que la leas. Estoy seguro de que te interesará mucho y te inspirará el argumento de una de esas novelas que escribes...

Unos días más tarde, la traducción estaba en mi poder y yo, basándome en ella, escribí la novela que estáis leyendo.

II.-
EL LIBRO SECRETO





hí esta, sobre la mesa. Hace años que lo tengo ahí, esperando ser publicado; esperando que alguien se lo lleve a una imprenta donde se multiplique para que todo el mundo pueda leerlo. Y yo, durante todos esos años, he estado dudando. Quizá lo que en él se dice es demasiado fuerte para las entendederas del hombre de hoy. Sobre todo, el séptimo libro, el libro secreto, que encierra el más tremendo de los enigmas. Retico y Giese no hacen más que insistir en que no soy dueño de privar a la humanidad de esta obra que me ha costado más de treinta años de investigaciones. Pero yo no sé si es conveniente que las viejas ideas, que el viejo orden al que nos apegamos, que el tradicional consuelo de las verdades aceptadas, sean sacudidos para darnos en su lugar no se sabe qué nuevas verdades, qué nuevas ideas, quizá peligrosas, quizá destructivas... Ahí está, sobre la mesa: una carpeta de cintas que encierra seis cuadernos. Retico tiene una copia primorosamente realizada, bellamente caligrafiada, como es costumbre en él; tan sensible a la estética. Pero todavía no le he otorgado poderes para que pueda publicarla... Además, es una copia incompleta. Falta el libro séptimo, el que está escondido en el cajón inferior de mi cómoda, bajo llave; donde también guardaré este cuaderno, para

que nadie pueda leer lo que no debe ser leído por nadie. Retico desconoce el contenido del séptimo libro, el libro secreto... Y yo me debato en la incertidumbre, entre la responsabilidad de dar a conocer mis descubrimientos o de ocultarlos en bien de la Humanidad. Sin el libro séptimo, mi «De Revolutionibus» está incompleto, defectuoso. Pero, con el séptimo es un peligroso barril de pólvora...

No sé qué hacer. Hace años que no se qué hacer. Debo poner en orden mis ideas, antes de decidir si debo plegarme a los ruegos de Retico y Giese. Mi buen Retico, mi fiel Retico, Retico el amable, el solícito, el entregado... Sin él me habría resultado sencillo resistirme a las tentaciones de los otros. Pero Retico me ha trastornado, me ha hecho ver cuál es mi responsabilidad, me ha enfrentado al libro y me ha forzado a decidir, de una vez por todas, si debo o no publicarlo. ¡Bendito Retico! Sólo por contentar a su inocente entusiasmo debería darle la oportunidad de publicar mi libro. Pero Retico, y con él todos los demás, desconoce el contenido incendiario del último cuaderno, el séptimo sello de mi obra, la satánica verdad sobre la máquina celeste... el misterio insondable de las órbitas que, de desvelarse, podría poner en peligro el delicado equilibrio de la sociedad...

¿Cuáles son las más profundas motivaciones de mis encontrados impulsos? ¿Temo la publicación de mi obra por sus consecuencias sobre la moral del pueblo cristiano o sobre la propia salvación de mi alma?

Se me ocurre que debería ir escribiendo conforme voy cavilando, y quizá así sería capaz de poner orden en mis ideas. Sólo plasmando en un papel mis más íntimas confesiones, podría analizarlas con frialdad, como si se tratara de pensamientos ajenos. Por eso he decidido escribir este cuaderno, también secreto, como mi libro. Por eso no debo decidirme hasta haber pasado revista a una vida de trabajo silencioso, actuaciones públicas, temores privados y quizá inconfesables... ¿Por qué la vida es tan complicada? ¿Por qué resulta tan difícil actuar con justicia? No soy un hombre de acción. Me he pasado reflexionando toda mi vida. Y ahora, cuando tengo que tomar la única decisión verdaderamente importante, dudo, temo, me oculto a mí mismo la realidad. Siempre he estado en compañía de personas más fuertes que yo: mi madre, mi

tío Lucas, mi hermano Andreas, Anna, mi Anna querida... Ellos tomaban las decisiones por mí y me protegían de mi propia debilidad. Pero hoy estoy sólo, desamparado, ante la responsabilidad más grande de mi vida. He de decidir por mí mismo y no podré escudarme en nadie ni esconderme entre sus ropas. Por eso debo ser valiente y desnudarme, librarme de pesos y ataduras, delante de un espejo que me indique cual es mi verdadera apariencia. Sólo así podría saber, quizá, qué debo hacer, cuál es mi camino. Porque, si no doy mi libro a la imprenta, ¿qué habré hecho de mi vida? ¿cuál será el fruto de tantos años de estudio? Mas, si lo publico, ¿qué infierno reservará para mí el Hacedor de todas las cosas? Quizá soy sólo un pretencioso que ha creído descubrir el verdadero secreto de la máquina celeste, cuando ni mi diseño ni el de Ptolomeo son ni siquiera pálidas estampas de una realidad inconcebible para un cerebro humano. A veces me siento como una gallina que pretende aprender a leer y escribir.

Ahí está, sobre la mesa, esperando ser publicado. Y yo, su autor, después de medio siglo de dudas, trabajos y fatigas, todavía no sé qué hacer con él. No sé cómo jugar con mi juguete, que puede ser un explosivo que reviente en mis propias manos. ¡Ah!, el séptimo libro, el maldito séptimo. Si las cosas hubieran salido como yo me esperaba. Si hubiera bastado con cambiar de sitio al Sol y a la Tierra para que desaparecieran los malditos epiciclos, los ecuanes y las excéntricas, y el sistema se hubiera revelado como un hermoso y sencillito conjunto de círculos perfectos y concéntricos. Pero ahí están las observaciones, con su terca e irrefutable realidad. Los círculos sólo no cuadran... o la velocidad no es uniforme o los círculos no son círculos... o el mundo entero no es como creemos. Y si de todo esto resulta que la filosofía de los antiguos no era cierta, si el hombre está del todo equivocado respecto a la cosmología, ¿por qué no habría de estarlo en cuanto a la metafísica, a la ética, a la teología... a la fe o a la religión? Cuando pienso en esas cosas, el sudor recorre mi frente. Quizá estoy destapando la caja de Pandora. Quizá el contenido del libro séptimo debiera ser ignorado por los seres humanos para siempre. Pero sin él, mi obra está incompleta, coja, defectuosa... Y se le nota. Por eso, resultaría inevitable, una vez que ésta estuviera publicada, que a alguien se le ocurriera proseguir la búsqueda y terminase encon-

trando el terrible secreto que hoy se esconde en el séptimo libro. Por otro lado, si no la publico, sólo conseguiré aplazar el problema unos pocos años, meses quizá. Porque, en la alegría de los primeros descubrimientos, fui un imprudente. Y así, el «Commentariolus» manuscrito de mi juventud ya ha corrido de mano en mano, copiado y distribuido por media Europa. La «Narratio Prima» de Retico -¡Bendito Retico! ¿quién podría detener su entusiasmo?- ya ha sido publicada con un éxito sin precedentes. ¡Hasta el Papa conoce ya mis teorías! Y dicen que las ha alabado. Si supiera de la terrible verdad que oculta el último libro, quizá opinaría otra cosa. ¡Quizá ordenaría mi ejecución inmediata en la hoguera! Dios, Dios. ¿Qué debo hacer? Me temo que no podré evitar la catástrofe. Hace años que crucé el Rubicón; y la suerte está echada.

Comienzo a escribir este diario secreto en Frombork, a 16 de junio del año del Señor de 1540. Dios me ayude a poner por escrito todos mis pensamientos y que éstos me iluminen para decidir cuál ha de ser mi conducta de ahora en adelante. Que Él me proteja y guíe mi entendimiento. En su bondad infinita pongo mi fe y la esperanza de salvación final para mi alma.

III.- MI MUNDO





acá en 1473 y a lo largo de mi ya dilatada existencia han sido muchas las palabras que han tenido la virtud de inquietarme; pero la primera de ellas fue la palabra «mundo». En un principio, mi mundo, aún sin nombre, se circunscribía a mi casa, el patio donde jugaba con la niñera y mis hermanos bajo la atenta mirada de mi madre, y el largo pasillo que conducía al exterior... Fuera, la realidad cotidiana se abría a una plaza, al fondo de la cual lucía su fachada imponente el ayuntamiento; donde mi padre y otros hombres mayores tomaban decisiones importantes. Allí, en aquel rectángulo que a mí me parecía inmenso, se celebraban toda clase de ceremonias, recepciones públicas, ejecuciones de criminales peligrosos, fiestas y demás, que mis hermanos y yo espiábamos desde el balcón o a las que a veces acudía en brazos de mi hermana mayor o de mi complaciente padre. Tardé un tiempo en considerar que ese espacio exterior, lleno de colorido, de cosas desconocidas y supuestos peligros, también era mi mundo; que la ciudad de Torún era el organismo vivo donde yo debería integrarme como ciudadano, cuando fuera adulto. Torún, en aquel entonces, era una próspera ciudad comercial, comunicada con el resto del mundo por el concurrido río Vístula y el mar lejano, una vasta y tenebrosa llanu-

ra de agua donde éste desemboca. Mi ciudad era la más bella y noble del mundo, decían mis hermanos, amada por el Rey de Polonia, y ambicionada por el Emperador alemán y por los Caballeros Teutónicos, que hubieran querido sojuzgarla; pero que, gracias al tesón de sus comerciantes y sus nobles, había sabido guardar su independencia y la libertad de sus ciudadanos. Y así fui comprendiendo que mi mundo era mucho más grande que mi ciudad. Torún estaba en un reino, el de Polonia, que a su vez se encontraba, junto con otros grandes y poderosos países, integrado en el Orbe Cristiano. Los cristianos éramos las únicas personas decentes, rodeados de pueblos infieles, adoradores del Diablo o de Mahoma, que venía a ser lo mismo, y que amenazaban nuestras fronteras.

Poco a poco, fui entendiendo que ese mundo, mi mundo, era un espacio enorme, aunque no infinito, que se encontraba sumido en constantes y peligrosos cambios, convulsiones, guerras, pestes y demás catástrofes. Cuando mi padre era joven, el imperio cristiano de Bizancio, heredero de la antigua y mítica Roma, había caído en poder de los malvados turcos, que ahora acosaban a los demás pueblos cristianos desde el Sur. Poco antes, los caballeros teutónicos habían querido conquistar Torún en una cruenta guerra; mientras que ahora se pensaba utilizarlos en nuestro favor para que nos protegieran de los nuevos invasores. Los enemigos de ayer y de mañana podían ser nuestros aliados de hoy, en medio de los avatares de una incierta y turbulenta historia donde las ambiciones de los poderosos decidían la suerte de los pueblos.

La mítica Roma... Me enteré de que una vez hubo un mundo antiguo, rico y luminoso, el de los clásicos griegos y romanos; un mundo de filósofos, emperadores y artistas, que hoy día se esforzaban en recuperar los nuevos pintores, escultores y escritores humanistas italianos, en un maravilloso movimiento que algunos definían como un renacimiento y que pretendía llevarnos de nuevo a aquellos tiempos de esplendor, después de diez siglos de oscuridad y miseria. Hacía sólo unos cuantos años que un industrial alemán, de nombre Guttemberg, había inventado una máquina de reproducir libros; lo que había hecho que su precio bajase hasta hacerse asequible a la bolsa de los burgueses ilustrados. Los libros habían dejado así de ser patrimonio exclusivo de reyes, nobles y clérigos; y las nuevas ideas se iban extendiendo rápidamente.

te por todo el Orbe Cristiano. Por aquellos días, ya no era raro ver libros en las casas de las buenas familias burguesas de Torún, como los que mi padre enseñaba orgullosamente a sus amigos.

Por la noche, antes de cenar, mi padre, el concejal Nicolás Copérnico, volvía de sus negocios, nos miraba a mí y a mis hermanos con un gesto de complicidad, extraía un misterioso libro del estante que había sobre la chimenea y se sentaba en su sillón para, fingidamente, leer en silencio. Era la señal para que mi madre nos dejara solos y se marchara a la cocina a poner orden en la preparación de la cena. Andreas, mi hermano mayor, el más atrevido de todos, se acercaba a aquel hombre gordo, colorado y amable, vestido siempre de negro, le tiraba de la manga y le rogaba.

—Señor padre, por favor, ¿podría leer en voz alta?

Mi padre carraspeaba complacido. En realidad, había estado esperando que se lo pidiéramos, para leernos un capítulo de la famosa historia «del millione», como él decía. Se trataba del relato autógrafa de los viajes de un aventurero italiano llamado Marco Polo, que dos siglos antes había recorrido el lejano oriente, fuera del Orbe Cristiano. Países maravillosos, como la India, Catay o Cipango, eran descritos por el autor en la voz sabiamente modulada de mi padre. Fabulosos animales, como los elefantes, los tigres o los monstruos marinos, nos provocaban estupor. Gentes extrañas con raras costumbres, los chinos, los mongoles, los indios, unas veces cargados de lujosos atavíos, otras desnudos, desconcertaban nuestro sentido del decoro y la elegancia. Los misterios del mar y las gigantescas montañas cargadas de nieve, los desiertos inclementes y las fértiles vegas a las orillas de ríos como el Ganges, el Tigris, el Río Amarillo o el Nilo, al lado de los cuales nuestro Vístula era un humilde torrente, nos llenaban de admiración. Las perlas, el oro, los diamantes y esmeraldas en las sienes de los emperadores y mandarines, las tejas de oro en los palacios, despertaban nuestra codicia. Y, sobre todo, los enormes recorridos de uno a otro rincón desconocido del mundo colmaban nuestra sed de aventuras...

A Andreas le hubiera gustado ser otro Marco Polo, viajero y descubridor, conquistador de imperios y reinos remotos. Mi hermana mayor, Bárbara, decidida desde pequeña a ser monja, hubiera querido dedicarse a evangelizar aquellas tierras de infieles; ir a

Tierra Santa y de allí partir para Catay y convertir a su Emperador al cristianismo. Catalina, la mediana, coqueta y romántica, soñaba con mantener un idilio apasionado con alguno de aquellos príncipes maravillosos, guerreros y poetas ceñidos de perlas y diamantes, casarse con él y llegar a ser la reina de un país de ensueño...

Mi padre callaba por unos momentos y nos miraba a los cuatro, uno a uno, esperando nuestros comentarios y riéndose de las ingenuidades que cada cual expresaba. Al final, todos me miraban a mí, el más pequeño y callado de la reunión.

—¿Y tú, pequeño Nicolás?

Yo bajaba la mirada y me encogía de hombros.

—Yo también —decía, para que me dejaran tranquilo.

Después mi padre seguía leyendo y mis hermanos volvían a escucharle maravillados, y se olvidaban de mí. Yo, entonces, me aislaba en un rincón y soñaba con el mundo y lo que realmente me gustaría hacer con él. No ambicionaba recorrerlo o dominarlo, como mis hermanos, cada uno a su manera. Yo lo que quería era conocerlo, desentrañar su secreto, un total y único misterio que intuía oculto, esperando a un descubridor para desvelarse como remedio de todos los problemas humanos. Allí acabarían para siempre las guerras y las pestes y volvería la ansiada Edad de Oro de los clásicos. Me imaginaba recibiendo largas cartas de mis hermanos, el explorador, la reina y la predicadora, desde los más recónditos rincones del mundo. Dibujaría, gracias a sus informes, un mapa extraordinario que, a partir de las diversas características locales, diera una imagen global del Universo y su estructura; revelando así aquel profundo y fundamental secreto cósmico que daría a los hombres una nueva perspectiva de sí mismos y cambiaría su Historia. Todo ello, sin moverme de casa, sin dejar la útil compañía de mi padre, que ahora veía como una especie de secretario imprescindible a mis órdenes, y, sobre todo, sin alejarme de la dulce y amada protección de mi querida madre, la Señora Bárbara Watz-enrode... que pronto acudiría para decirnos que los criados ya habían servido la mesa.

Y así fue como el mundo se iba configurando en mi entendimiento como el objeto último de todos mis trabajos y ambiciones intelectuales. Pronto se agrandaría a mis ojos con nuevos descubrimientos y, sobre todo, con el estudio de una parte fundamental

de su configuración: aquella región que lo contiene y lo define, el reino de los cielos y las esferas, de la fascinante y exacta realidad de los cuerpos astrales y sus movimientos ajustados y predecibles... la Máquina Celeste.

IV.- LA SEÑORA



Virgen de marfil - Siglo XIV.



Bárbara Watzenrode, mi madre, todo el mundo la llamaba «la señora», incluso nosotros, sus hijos, incluso su esposo, mi padre. Perteneciente a una antigua y aristocrática familia de Torún, su porte, la majestad de sus movimientos, su belleza, su comportamiento, su personalidad toda, denotaban la nobleza de su persona y de su origen. Era un ser excepcional y todos lo sabían. Yo, de niño, adoraba a mi madre, la tenía por poco menos que una diosa. Recuerdo que, de muy pequeño, cuando me llevaban a la iglesia, todavía en brazos del ama, y me mostraban las imágenes de la Virgen María, yo creía que se trataba de retratos de mi madre. Para mí «Nuestra Señora» y «la señora» tenían el mismo significado. Así que encontraba natural que todos la llamaran así. Y gozaba de la inmensa suerte de ser su preferido; aquél en quien descargaba toda su ternura.

Me recuerdo, de muy pequeño, acostado junto a mi madre, los dos mirando al techo, gozando de nuestra mutua y silenciosa compañía. Yo me recostaba, apoyando mi cabeza en su hombro y olía el embriagador perfume de su cuello blanquísimo y suave. Y así me pasaba horas y horas junto a aquél ser prodigioso, que no necesitaba hablarme para comunicarme sus sentimientos.

Conforme fui creciendo, mi admiración por la señora fue en aumento. Sus silencios resultaban siempre más elocuentes que los discursos de cualquier otro miembro de la familia. A pesar de la habilidad dialéctica de mi padre, bastaba una mirada de soslayo, un leve gesto de su esposa, para que aquel hombre corpulento y enérgico, bajara la cabeza y obedeciera sin rechistar. Así, de ese modo suave y firme que emanaba de su rara belleza, su fascinante presencia, su extensa e inusual cultura, la señora dominaba a todos cuantos la rodeaban: a mis hermanos, a los criados... hasta a los prohombres de la ciudad, incluido mi poderoso tío Lucas. Y, sin embargo, conmigo era diferente. Yo era el pequeñín, su última y mejor obra en este mundo. A mí, sólo a mí, me trataba con confianza, con la camaradería de una hermana mayor, de una novia de la niñez. Los dos nos guardábamos innumerables secretos que no compartíamos con nadie. Ella y yo éramos una pareja muy especial.

Una vez, sorprendí a mi padre besando apasionadamente a mi madre en un rincón de la cocina. Y un sentimiento de violenta indignación estrujó mi espíritu. De nada me valieron razonamientos lógicos. De sobra sabía yo que mi padre y mi madre eran un matrimonio; y mi hermano Andreas ya me había explicado cómo se conciben los niños. Pero, la escena despertó en mi extraños y atávicos sentimientos de odio y rivalidad hacia mi padre. Nunca le perdoné que compartiera ventajosamente conmigo la confianza de la señora y, sobre todo, que disfrutara del contacto carnal de quien no debía pertenecer a nadie más que a mí. Desde entonces, siempre abrigaría un soterrado sentimiento de celosa hostilidad hacia mi padre.

Una tarde, al regresar de la escuela, Andreas y yo nos sorprendimos de ver nuestra casa llena de gente. Todo el mundo se apartaba a nuestro paso, con caras compungidas. Cuando vi a la señora en lo alto de la escalera principal, toda vestida de negro, conteniendo a duras penas un llanto que quería salirse a los ojos, pero que ella reprimía para no perder su dignidad, supe que algo muy grave había ocurrido. Subí corriendo las escaleras y la abracé por el talle, hundiéndome mi cara en su regazo.

—Mi pequeño Nicolás. Tu señor padre ha muerto esta mañana.

El mundo pareció hundirse a mi alrededor. De pronto, el viajero Marco Polo se me apareció en la mente, alejándose por un ca-

mino muy largo, rumbo a las tierras remotas del Oriente, acompañado por aquel buen hombre que tantas veces nos había narrado sus aventuras...Y en el fondo más recóndito del corazón se me abrió una herida que habría de acompañarme toda la vida. Desconsolado, me daba cuenta de lo mucho que había querido a mi padre; y de lo mucho que él nos quiso siempre a todos. A la vez, me sentía mezquino, malo, por haber guardado rencor al legítimo esposo de mi madre, por haberme sentido celoso de su amor... y por sentir ahora una especie de extrañamiento y soterrado sentimiento de triunfo, de perverso alivio, de confusa alegría inconfesable, al reconocerme al fin como único dueño de aquella maravilla humana que era la señora. Me sentía a la vez desamparado y ruín, compungido e hipócrita, insignificante y culpable. Y estallé en un llanto incontenible, que no era sólo por mi padre, sino por mí mismo.

A partir de entonces, mi madre refugió en mí su luto. Fueron más elocuentes que nunca sus silencios. Pasamos más tiempo aún abrazados, su mirada en el techo, mi cabeza sobre su hombro. Su único consuelo fue mi compañía; el mío, el olor fragante de su cuello de nácar...

Conforme pasaron los años, fui comprendiendo que nunca encontraría una mujer capaz de desplazar a mi madre de mi corazón. Cada vez que conocía a una muchacha, la comparaba inevitablemente con la señora y sus excepcionales cualidades, y dejaba de interesarme. Más tarde aún, me di cuenta de que sólo aquellas mujeres que guardaran algún parecido con la señora podían llegar a atraerme, aunque sólo fuera físicamente; pero entonces, su contacto carnal estremecería mis sentimientos de repugnancia. Yacer con alguien en quien buscaba el calor ansiado de mi madre, despertaría en mí la culpabilidad y la aprensión propias del incesto.

Hoy la recuerdo todavía, paseándose por las habitaciones de casa con su ceñido batín de terciopelo blanco, su larguísimo cabello oscuro flotando a sus espaldas, su figura armoniosa y dulce, su espalda recta, sus andares majestuosos, su cuello blanquísimo y fragante, su cabeza erguida, su rostro luminoso, su gesto silencioso de mirada significativa, sus manos finas y graciosas... Su presencia inigualable. Y pienso que quien ha tenido la suerte de poseer una madre así, tendrá inevitablemente que sufrir la desgracia de no encontrar jamás una compañera digna de su amor y su confianza.

Estos pensamientos, quizá, fueron los que me llevarían más adelante a abrazar la convicción de que mi vida debía encaminarse al servicio de la Iglesia y el celibato que ello conlleva.

V.-
TÍO LUCAS





El tío Lucas Watzenrode, hermano de mi madre, era un hombre muy importante. Concejal mayor de Torún, Canónigo y mano derecha del Obispo-Duque de Warmia, se decía de él que pronto ocuparía ese cargo; lo que unos años después se confirmó. Durante mi niñez lo había visto unas pocas veces y nunca me dedicó una atención especial. Preguntaba a mis padres cómo iban mis estudios y apenas me dirigía una corta mirada de soslayo, desde la altura de su enorme humanidad. A mí y a mis hermanos nos daba más miedo que otra cosa.

El día del funeral de mi padre, tío Lucas llegó a caballo, acompañado de un secretario con aspecto insignificante, que montaba en una mula cargada con el equipaje. La muerte de su cuñado le había sorprendido durante una misión diplomática y había tenido que suspender importantísimas entrevistas con los políticos de la Prusia Real para estar al lado de su hermana y sus sobrinos en aquel difícil momento. Entró en casa como una tromba seguido de su empleado, al que de vez en cuando daba instrucciones que éste anotaba en una libreta. Todos se apartaban respetuosamente a su paso y le saludaban con inclinaciones de cabeza que él respondía con ligeros ademanes de cortesía. Abrazó a la señora y le dirigió

unas breves palabras de consuelo; luego fue atendiendo a los demás amigos y parientes. Durante las ceremonias, apenas nos miró a la cara, a mí y a mis hermanos. No le vi llorar, aunque su rostro permaneció siempre con un rictus de dolor y su cabeza se inclinaba frecuentemente sobre su poderoso pecho.

Tío Lucas poseía una figura imponente. Era muy alto y moreno, con el andar majestuoso típico de los Watzenrode. Casi calvo desde muy joven, se afeitaba el poco pelo que le crecía en la nuca y las sienes, haciendo de su cabeza una brillante esfera que cubría con su sombrero de clérigo. Su rostro, completamente rasurado, estaba surcado por profundas arrugas, verticales en las mejillas, horizontales en la frente. Su nariz, aguileña y fina; su boca de labios delgados y firmes; sus orejas, muy pegadas a la cabeza y, sobre todo, sus taladrantes ojos inquietos bajo unas cejas muy pobladas, constituían un rostro único y temible. Resultaba muy difícil aguantar su mirada. Sus ojos tenían una fuerza muy especial y te estudiaban de arriba abajo, para detenerse en los tuyos y abrasarlos con su poder. Yo, a pesar de la confianza que después adquirí con él, siempre tuve que bajar la vista en su presencia. Tío Lucas rezumaba autoridad, era la autoridad en persona, y todos se la reconocían.

Tío Lucas se quedó aquella noche a dormir en casa. Por la mañana, muy temprano, se encerró en el despacho de mi padre con su secretario, y no salieron de él hasta la hora de comer. Después, a la sobremesa, tío Lucas y la señora nos mandaron a jugar al piso de arriba y permanecieron en el salón, junto al fuego de la chimenea, hablando de importantes asuntos. Yo, que no estaba de humor para jugar, pese a la insistencia de mi hermano Andreas, me quedé sentado en el último peldaño de la escalera, desde donde me llegaban algunas palabras de la conversación entre mi madre y mi tío. Oí términos que sólo entendía a medias, como: «bancarrotas», «ruina», «determinación», «salvar lo que se pueda» y otros así, de los que deduje que nuestra situación económica, a la muerte de mi padre, había quedado muy maltrecha.

Mi madre salió al recibidor para decirnos que bajáramos al salón, que el tío Lucas quería hablarnos. Entramos los cuatro, temerosos, como cuatro polluelos desamparados. Debíamos constituir un lamentable espectáculo, pues mi madre contuvo un gesto

que parecía anunciar el llanto, mientras que mi tío nos miraba con una ligera sonrisa de ternura, inusual en él.

Mi madre se sentó en una silla, al fondo del salón, mientras mi tío tomaba asiento en el viejo sillón de mi padre. Parecía que el nuevo jefe de la casa nos iba a leer alguna aventura de Marco Polo. Nosotros, siguiendo la costumbre, nos sentamos en el suelo, a sus pies y le miramos un tanto intimidados. El tío Lucas carraspeó.

—No os voy a decir cuánto quería a vuestro padre, que más que mi cuñado fue mi amigo del alma —comenzó diciendo—. Vosotros lo sabéis muy bien. Nicolás me confió, hace ya muchos años, vuestra protección en caso de que su débil corazón fallara algún día, como desgraciadamente ha ocurrido —nos miró a todos, uno a uno, a los ojos—. Sois pequeños y no entendéis de negocios. Sólo os diré que las cosas no han ido demasiado bien en las empresas de vuestro padre, que Dios tenga en la Gloria. Se arriesgó mucho para ganar mucho dinero para vosotros, pero las cosas no salieron bien y en lugar de ganar, perdió. Dios sabe que se lo advertí a tiempo... pero ya no es hora de reproches. En fin, ahora he de ocuparme de vosotros y de vuestro futuro... —miró a su alrededor— Vamos a ver, Bárbara, tu madre dice que quieres ser monja.

Mi hermana hinchó el pecho, aguantó la mirada de tío Lucas y dijo:

—Sí, señor, quiero ser monja y marchar a Tierra Santa para evangelizar a los infieles.

Por primera vez, mi tío rió de buena gana; aunque se contuvo enseguida.

—¡Vaya por Dios! Tenemos aquí a una futura santa... Bueno, bueno, primero te buscaremos un buen convento donde entrarás de novicia. Cuando tengas la seguridad de que te gusta esa vida de recogimiento y sacrificio ya veremos a dónde te enviamos... Y tú, Andreas, ¿qué quieres hacer?

—Yo, señor —dijo Andreas mirando la leja de los libros, sobre la chimenea— quiero ser viajero y explorador, como Marco Polo.

Tío Lucas frunció el ceño. No sé por qué, pero mi tío y mi hermano nunca se llevaron bien, desde el primer momento.

—¿Explorador, viajero? Amiguito, lo que tienes que hacer es estudiar para llegar a ser un buen comerciante, o estudiar para llegar a

ser un buen sacerdote, o estudiar para llegar a ser un buen maestro, o estudiar, estudiar y estudiar para llegar a ser lo que sea...

—Marco Polo era comerciante, como su padre y su tío, e hizo sus viajes para ensanchar los caminos del comercio de Venecia a Oriente —se atrevió a responder Andreas.

Tío Lucas enrojeció de ira.

—¡A callar, bribón! ¿Cómo te atreves a contestarme? Incluso si fueras a ser explorador, primero tendrías que estudiar Geografía, Cartografía, Astronomía, Idiomas... Me dice tu madre que no sacas buenas notas en el colegio.

Andreas bajó el rostro, avergonzado, mientras miraba acusadoramente a mi madre.

Tío Lucas prosiguió el interrogatorio.

—A ver, Catalina, ¿y tú?

—Yo, señor —contestó mi hermana, luciendo una encantadora sonrisa—, yo aspiro a ser una buena esposa... a poder ser de un príncipe, o por lo menos de un rico comerciante.

Tío Lucas volvió a reír.

—Me lo pones muy fácil, pequeña. Aprende las labores de casa y sé discreta y obediente, que yo aportaré una buena dote para que te cases con un hombre de calidad... aunque no sé si encontraremos un príncipe disponible.

El rostro de tío Lucas giró lentamente, en mi busca, mientras yo me iba encogiendo, temeroso de sus preguntas.

—A ver, pequeño Nicolás, y tú, ¿qué serás de mayor?

Tardé un rato en responder.

—Lo que vos queráis, tío Lucas.

La mirada de mi tío se clavó en mí, mientras sus ojos se humedecían. Suspiró y puso su enorme mano sobre mi cabeza.

—Ah, si todos fueran como este pequeño, qué ligeras serían mis muchas responsabilidades. Tú, Nicolás, serás mi secretario y mi médico si llego a ostentar algún día el Obispado de Warmia. Pero para ello tendrás que estudiar mucho, mucho. Pues el secretario de un político debe saber de todo. Se dice que un gobernante no tiene que ser sabio, sino que debe saber rodearse de sabios.

—Pues yo estudiaré y seré sabio para servirlos, tío Lucas.

—Anda, ve a jugar, pequeño ángel —me dijo y me besó en las mejillas.

Cuando subimos de nuevo al piso de arriba, Andreas me dio un puntapié en el culo y me miró desafiante y burlón.

—Vaya, el pequeñín nos ha salido un pelota.

Pero yo no me enfadé con él. Estaba demasiado contento para reñir con nadie. Había encontrado un nuevo padre con el que nunca tendría que compartir mi amor posesivo por la señora.

Cuando tío Lucas se despidió, me dedicó una sonrisa y acarició mi cabeza. Mi madre me estrechó contra su cintura y yo me sentí feliz. Mis hermanas agitaron las manos despidiendo a nuestro benefactor: ya se veían, la una de madre abadesa en un enorme convento de Tierra Santa, y la otra como esposa de un príncipe comerciante en algún país de ensueño. En cambio Andreas, detrás de mí, indiferente a los gestos de mi tío, se dedicaba a curiosear las hojas de un libro que había cogido de la leja, encima de la chimenea del salón.

Al volver adentro, mi madre se quedó mirando el sillón vacío de mi padre y todos nos echamos a llorar, desconsolados por su ausencia. Lo peor de la muerte es el vacío que dejan los muertos en sus lugares habituales, el enorme peso de su falta irremediable. Todos lloramos menos Andreas, que se sentó en el sillón, abrió el libro y se puso a leer en voz alta un capítulo de las aventuras de Marco Polo.

Mis hermanas se sentaron en el suelo, secaron sus lágrimas, y se dispusieron a oír al nuevo lector. Yo, cogido de la cintura de mi madre, la acompañé a la cocina y, bajo su dirección, ayudé a las cocineras a preparar la cena.